

ESPECIAL JÓVENES

Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo – Nº 6, 29 de noviembre de 2015

¿QUÉ ES EL CRISTIANISMO Y QUÉ SIGNIFICA? (6)



Una parte de la afirmación de Jesús en relación al perdón de los pecados, **todos los pecados**, tiende a pasar inadvertida porque la hemos oído tantas veces que ya no nos damos cuenta de lo que significa. Ahora bien; a menos que el que hable sea Dios, esto resulta absurdo. Todos podemos comprender que un hombre perdona ofensas que le han sido infligidas. ¿Pero qué hemos de pensar de un hombre, a quien nadie ha ofendido, que anuncia que él te perdona por haber ofendido a otro hombre? Esto es lo que hizo Jesús. Les dijo a las gentes que sus pecados eran perdonados. Sin ninguna vacilación se comportó como si Él hubiese sido la parte principalmente ofendida por esas ofensas. Esto tiene sentido **sólo si Él era realmente ese Dios** cuyas reglas son infringidas y cuyo amor es herido por cada uno de nuestros pecados. En boca de cualquiera que no fuese Dios, estas palabras no tendrían sentido.

Y sin embargo incluso sus enemigos, cuando leen los Evangelios, no suelen tener la impresión de que se digan cosas sin sentido. Aún menos la tienen los lectores sin prejuicios. Intento con esto impedir que alguien diga lo que algunos dicen acerca de Él: **«Estoy dispuesto a aceptar a Jesús como un gran maestro moral, pero no acepto su afirmación de que era Dios.»** Eso es precisamente lo que no debemos decir. Un hombre que fuera meramente un hombre y que dijera las cosas que dijo Jesús no sería un gran maestro moral. Tenéis que escoger. O ese hombre era, y es, el Hijo de Dios, o era una persona verdaderamente extraña e insensata a la que no se la puede prestar asentimiento. Podéis quererla callar por insensata, o podéis caer a sus pies y llamarla Dios y Señor. Pero no salgamos ahora con elucubraciones paternalistas acerca de que fue un gran maestro moral. Él no nos dejó abierta esa posibilidad. No quiso hacerlo.

Nos encontramos, pues, con una alternativa que nos puede estremecer. O este hombre del que hablamos era (o es) justamente lo que Él dijo ser o, si no, era un lunático o algo peor. Bien: a mí me parece evidente que no era ni un lunático ni un insensato y que, en consecuencia, por extraño o asombroso que pueda parecer, tengo que aceptar la idea de que **Él era y es Dios**, el cual desembarcó en este mundo ocupado por el enemigo asumiendo una forma humana. ¿Y cuál era el propósito de todo esto? ¿Qué vino Él a hacer aquí? Vino a enseñar, por supuesto; pero en cuanto se examina el Nuevo Testamento o cualquier otro escrito cristiano se descubre que están constantemente hablando de algo diferente, **de su muerte y su resurrección**. Es evidente que los cristianos consideran que lo más importante de esa historia reside en estos dos hechos. Creen que lo más importante que Él vino a hacer a la tierra fue sufrir y ser crucificado. La principal creencia cristiana es que la muerte de Cristo nos ha puesto de alguna manera a bien con Dios y nos ha

otorgado un nuevo comienzo. Creemos que la muerte de Cristo es aquel momento de la historia en el que **algo absolutamente inimaginable llega desde fuera y aparece en nuestro mundo**. Y si ni siquiera podemos imaginarnos los átomos de los que estamos contruidos nosotros y nuestro mundo, es evidente que no podremos imaginarnos esto. De hecho, si descubriésemos que podemos comprenderlo totalmente, esto mismo demostraría que el hecho no es lo que pretende ser... lo inconcebible, lo increado, lo que se halla fuera de la naturaleza, e irrumpe en la naturaleza como un relámpago. **Cristo murió por nosotros, su muerte ha redimido nuestros pecados y por el hecho de morir derrotó a la muerte misma**. Esa es la fórmula. Eso es el cristianismo. Eso es lo que debe ser creído.

Es de todos sabido que cuando una persona se ha metido en un lío, la responsabilidad de sacarlo de él suele recaer sobre un amigo generoso. ¿Y cuál era el «lío» en que se había metido el hombre? Había intentado valerse por sí solo, comportarse como si se perteneciera a sí mismo. En otras palabras, el hombre caído no es simplemente una criatura imperfecta que necesita mejorarse: es un rebelde que debe deponer sus armas. Deponer nuestras armas, rendirnos, pedir perdón, darnos cuenta de que hemos escogido el camino equivocado y disponernos a empezar nuestra vida nuevamente desde el principio... esa es la única manera de salir del «lío». Este movimiento hacia atrás a toda máquina, es lo que los cristianos llaman arrepentimiento. Y el arrepentimiento no es divertido en absoluto. Es algo mucho más difícil que bajar la cabeza humildemente. El arrepentimiento significa morir a una parte de nosotros mismos, padecer una especie de muerte.

La misma maldad que nos hace necesitar el arrepentimiento nos imposibilita el hacerlo. Si no hubiéramos caído, todo eso sería facilísimo. Pero desgraciadamente ahora necesitamos la ayuda de Dios para hacer algo que Dios, por su propia naturaleza, no puede hacer, sufrir como hombre, morir. De modo que el único camino para el que ahora necesitamos más que nunca la ayuda de Dios es un camino que Dios, por la naturaleza de su ser, no lo ha realizado. Pero supongamos que Dios se hace hombre... supongamos que nuestra naturaleza humana que puede sufrir como mortal que es, y morir, se amalgamase con la naturaleza de Dios en una persona. Esa persona, entonces, podría ayudarnos. Podría entregar su voluntad, sufrir y morir, porque era un hombre, y podría hacerlo perfectamente porque era Dios y Dios sólo puede hacerlo si se hace hombre. Él no puede morir a menos que se haga hombre. Es en este sentido en el que Él paga nuestras deudas, y sufre por nosotros, **porque es el amigo perfecto, porque su amor hacia nosotros no tiene límite**.

La perfecta sumisión, el perfecto sufrimiento, la muerte perfecta fueron posibles en Jesús porque era Dios. Cristo se sometió a la rendición y la humillación perfectas: perfectas porque Él era Dios, rendición y humillación porque era un hombre. La creencia cristiana es que si nosotros compartimos de algún modo la humildad y el sufrimiento de Cristo también compartiremos su conquista de la muerte, encontraremos una nueva vida después de muertos y en ella nos haremos criaturas felices. *(Texto basado en "Mero cristianismo" de C.S. Lewis).*